

# La casa verde

MARIO VARGAS LLOSA

**F**UE ASÍ QUE nació la Casa Verde. Su edificación demoró muchas semanas, porque los tablonés, las vigas y los adobes debían ser arrastrados desde el otro límite de la ciudad y las mulas alquiladas por don Anselmo andaban lastimosamente por el arenal. El trabajo se iniciaba en las mañanas, al cesar la lluvia seca, y terminaba al arreciar el viento. En la tarde, en la noche, el desierto englutía los cimientos y enterraba las paredes, las iguanas roían las maderas, los gallinazos armaban sus nidos en la incipiente construcción y, cada mañana, había que rehacer lo empezado, corregir los planos, reponer los materiales, en un combate sordo que fue subyugando a la ciudad. “¿En qué momento se dará por vencido el forastero?”, se preguntaban los vecinos. Pero transcurrían los días y don Anselmo, sin dejarse abatir por los percances, sin contagiarse por el pesimismo de conocidos y de amigos, seguía desplegando una asombrosa actividad. Dirigía los trabajos semidesnudo, la maleza de vellos de su pecho húmedo de sudor, la boca llena de euforia; distribuía cañazo y chicha a los peones y él mismo acarreaba adobes, clavaba vigas, iba y venía por la ciudad azuzando a las mulas, sin demostrar fatiga. Y un día los piuranos admitieron que don Anselmo vencería, al comprobar que al otro lado del río, frente a la ciudad, como un emisario de ella, se alzaba en el umbral del desierto, un esqueleto de madera y de tierra cocida, sólido, invicto. A partir de entonces, el trabajo fue rápido. Las gentes de Castilla y de las rancherías del Canal, venían todas las mañanas a presenciar las labores, daban consejos y, a veces, espontáneamente, echaban una mano a los peones. Don Anselmo ofrecía de beber a todo el mundo. Los últimos días, una atmósfera de feria popular reinaba en torno a la obra: chicheras, fruteras, tamaleras, vendedores de quesos, dulces y refrescos, acudían a ofrecer su mercancía a trabajadores y curiosos. Los hacendados hacían un alto frente a la obra y, desde sus cabalgaduras, dirigían a don Anselmo palabras de estímulo. Un día Chápiro Seminario, el poderoso agricultor, regaló un buey y una docena de cántaros de chicha y los peones prepararon una gran pachamance. Cuando la casa estuvo edificada, don Anselmo dispuso que fuera íntegramente pintada de verde. Hasta los niños reían a carcajadas al ver cómo esos muros se cubrían de una piel esmeralda donde se estrellaba el sol y retrocedían reflejos escamosos. Viejos y jóvenes, ricos y pobres, hombres y mujeres, bromeaban alegremente por el capri-

*“Ce lieu de perdition projetait un éclat fantastique. On le désignait par des périphrases: “L’endroit que vous savez, —une certaine rue, au bas des Ponts”. Les fermières des alentours en tremblaient pour leurs maris, les bourgeoises le redoutaient pour leurs bonnes, parce que la cuisinière de M. le sous-préfet y avait été surprise; et c’était, bien entendu, l’obsession secrète de tous les adolescents”.*

GUSTAVE FLAUBERT

cho de don Anselmo de pintarrapear su vivienda de tal manera. La bautizaron de inmediato: "*La Casa Verde*". Pero no sólo los divertía el color, también su extravagante anatomía. Constaba de dos plantas, pero la inferior apenas merecía ese nombre: era un espacioso salón de atmósfera cortada por cuatro vigas, también verdes, que sostenían el techo y, junto a él, un patio descubierto, tapizado de piedrecillas pulidas por el río y cercado de un muro circular, alto como un hombre. La segunda planta comprendía seis cuartos minúsculos, alineados ante un corredor con balaustrada de madera que sobrevolaba el salón del primer piso. Además de la entrada principal, la Casa Verde, tenía dos puertas traseras, una caballeriza y una gran despensa.

En el almacén del español Eusebio Romero, don Anselmo compró esteras, lámparas de aceite, cortinas de colores llamativos, muchas sillas. Y una mañana, los dos carpinteros de la Gallinacera anunciaron: "*Don Anselmo nos encargó un escritorio, un mostrador igualito al de 'La Estrella del Norte' y ¡media docena de camas!*" Entonces, don Eusebio Romero confeso: "*Y a mí me compró en secreto seis lavadores, seis espejos, seis basinicas*". Una especie de efervescencia ganó todos los barrios, una rumorosa y agitada curiosidad.

Brotaron las sospechas. De casa en casa, de salón en salón cuchicheaban las beatas, las señoras miraban a sus maridos con desconfianza, los vecinos cambiaban sonrisas perplejas y, un domingo, en la misa de doce, el Padre García afirmó desde el púlpito: "*Se prepara una agresión contra la moral de la ciudad*". Los piuranos asaltaban a don Anselmo en plena calle, le exigían hablar. Pero era inútil: "*Es un secreto*, les decía, regocijado como un colegial; *un poco de paciencia, ya sabrán*". Indiferente al revuelo de los barrios, seguía viniendo en las mañanas a "*La Estrella del Norte*", y bebía, bromeaba, y distribuía brindis y piropos a las mujeres que cruzaban la Plaza. En las tardes se encerraba en la Casa Verde, a donde se había trasladado después de regalar a Melchor Espinoza, un cajón de botellas de pisco y una montura de cuero repujado.

Poco después don Anselmo partió. En un caballo negro, que acababa de comprar, abandonó la ciudad como había llegado, una mañana al alba, sin que nadie lo viera, con rumbo desconocido.

Se ha hablado tanto en Piura sobre la primitiva Casa Verde, esa vivienda matriz, que ya nadie sabe con exactitud cómo era realmente, ni los auténticos pormenores, se su historia. Los supervivientes de la época, muy pocos, se embrollan y contradicen, han acabado por confundir lo que vieron y oyeron con sus propios embustes. Y los intérpretes están ya tan decrepitos, y es tan obstinado su mutismo, que de nada serviría interrogarlos. En todo caso, la originaria Casa Verde, la mítica, ya no existe. Hasta hace algunos años, en el paraje donde fue levantada —la extensión de desierto limitada por Castilla y Catacaos— se encontraban pedazos de madera y objetos domésticos carbonizados, pero el desierto, y la carretera que construyeron, y las chacras que surgieron

por el contorno, acabaron por borrar todos esos restos y ahora no hay piurano capaz de precisar en qué sector del arenal amarillento se irguió la Casa Verde, con sus luces, su música, sus risas, y ese resplandor diurno de sus paredes que, a la distancia y en las noches, la convertía en un cuadrado, fosforescente reptil. En las historias mangaches se dice que existió en las proximidades de la otra orilla del Viejo Puente, que era muy grande, la mayor de las construcciones de entonces, y que había tantas lámparas de colores suspendidas en sus ventanas, que su luz hería la vista, teñía la arena del rededor y hasta alumbraba el puente. Pero su virtud principal era la música que, puntualmente, rompía en su interior al comenzar la tarde, duraba toda la noche y se oía desde la misma catedral. Don Anselmo, dicen, recorría incansablemente las chicherías de los barrios, y aun las de pueblos vecinos, en busca de artistas, y de todas partes traía guitarristas avezados, tocadores de cajón, rascadores de quijadas, flautistas, maestros del bombo y la corneta. Pero nunca arpistas, pues él tocaba ese instrumento y su arpa presidía, inconfundible, la música de la Casa Verde.

—*Era como si el aire se hubiera envenenado* —decían las viejas del Malecón—. *La música entraba por todas partes, aunque cerráramos puertas y ventanas, y la oíamos mientras comíamos, mientras rezábamos y mientras dormíamos.*

—*Y había que ver cómo cambiaban las caras de los hombres al oírla* —dicen las beatas ahogadas en velos—. *Y había que ver cómo los arrancaba del hogar, y los sacaba a la calle y los empujaba hacia el Viejo Puente.*

—*Y de nada servía rezar* —decían las madres, las esposas, las novias—, *de nada nuestros llantos, nuestras súplicas, ni los sermones de los Padres, ni las novenas, ni siquiera los trisagios.*

—*Tenemos el infierno a nuestras puertas* —tronaba el Padre García—, *cualquiera lo vería, pero ustedes están ciegos. Piura es Sodoma y Gomorra.*

—*Quizá sea verdad que la Casa Verde trajo la mala suerte* —dicen los viejos, relamiéndose—. *Pero hay que ver lo que se disfrutaba en la maldita.*

A las pocas semanas de regresar a Piura don Anselmo con la caravana de habitantes, la Casa Verde había impuesto su dominio. Al principio, sus visitantes salían de la ciudad a ocultas; esperaban la oscuridad, discretamente cruzaban a trancadas el Viejo Puente y se sumergían en el arenal. Las incursiones aumentaron día a día, los jóvenes eran cada vez más imprudentes, ya no les importaba ser reconocidos por las señoras apostadas tras las celosías del Malecón. En ranchos y salones, en las mismas haciendas, no se hablaba de otra cosa. Los púlpitos multiplicaban advertencias y exhortos, el Padre García estigmatizaba la licencia con citas bíblicas. Un Comité de Obras Pías y Buenas Costumbres fue creado y las damas que lo componían visitaron al Prefecto y al Alcalde. Las autoridades asentían, cabizbajos: cierto, ellas tenían razón, la Casa Verde era una afrenta a la ciudad, pero ¿qué hacer? Las leyes

dictadas en esa podrida capital que es Lima amparaban a don Anselmo, la existencia de la Casa Verde no contradecía la Constitución ni era penada por el Código. Las damas quitaron el saludo a las autoridades, les cerraron las puertas de sus salones. Entre tanto, los adolescentes, los hombres y hasta los pacíficos ancianos se precipitaron en bandadas hacia el bullicioso y luciente edificio.

Cayeron los piuranos más sobrios, los más trabajadores y rectos. En la ciudad, antes tan silenciosa, se instalaron como pesadillas el ruido, el movimiento nocturnos. Al alba, cuando el arpa y las guitarras de la Casa Verde callaban, un ritmo indisciplinado y múltiple se elevaba al cielo desde la misma ciudad: los que regresaban, solos o en grupos, recorrían las calles riendo a carcajadas y cantando. Los hombres lucían el desvelo en los rostros averiados por la mordedura de la arena y en "*La Estrella del Norte*" referían estrambóticas anécdotas que corrían de boca en boca y repetían los menores.

—*Ya ven, ya ven* —decía, trémulo el Padre García—, *sólo falta que llueva fuego sobre Piura, todos los males del mundo nos están cayendo encima.*

Porque es cierto que todo esto coincidió con desgracias. El primer año, el río Piura creció y siguió creciendo, y despedazó las defensas de las chacras, muchos sembríos del valle se inundaron, algunas bestias perecieron ahogadas y la humedad tiñó anchos sectores del desierto de Sechura: los hombres maldecían, los niños hacían estatuas y castillos con la arena contaminada. El segundo año, como en represalia contra las maldiciones que le lanzaron los dueños de las tierras anegadas, el río no entró y hubo sequía. El cauce del Piura se cubrió de hierbas y abrojos que murieron poco después de nacer y quedó sólo una larga hendidura tapizada de grietas: los cañaverales se secaron, el algodón brotó prematuramente. Al tercer año, las plagas diezmaron las cosechas.

—*Estos son los desastres del pecado* —rugía el Padre García, mostrando el puño a los hombres—. *Todavía hay tiempo, el enemigo está en sus venas, mátenlo con oraciones.*

Los brujos de los ranchos rociaban los sembríos con sangre de cabritos tiernos, se revolcaban sobre los surcos profiriendo conjuros para atraer el agua y ahuyentar los insectos.

—*Dios mío, Dios mío* —se lamentaba el Padre García—. *Hay hambre y hay miseria y en vez de escarmentar, pecan y pecan.*

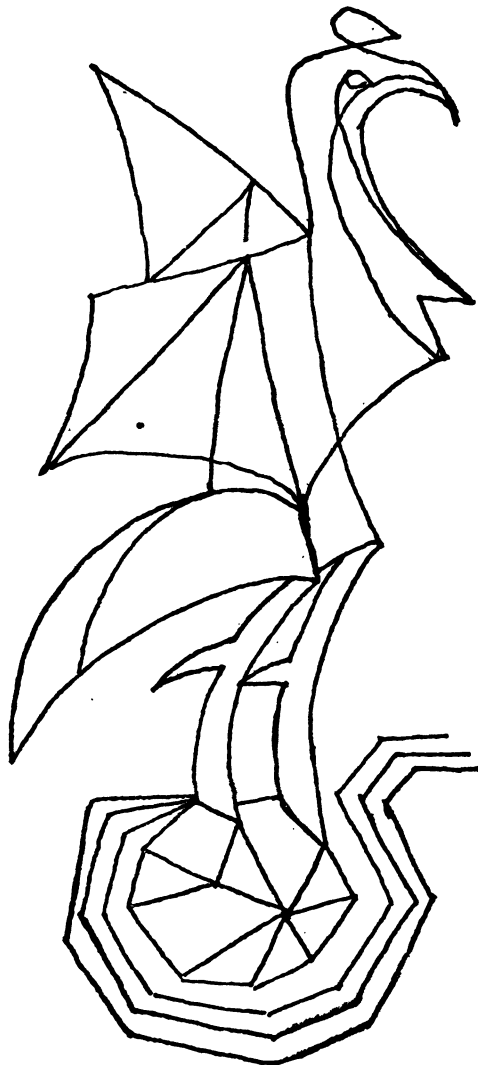
Porque ni la inundación, ni la sequía, ni las plagas detuvieron la gloria creciente de la Casa Verde.

El aspecto de la ciudad cambió. Esas tranquilas calles provincianas se poblaron de forasteros que viajaban a Piura los fines de semana, desde Sullana, Paita, Huancabamba, y aun Tumbes y Chiclayo, seducidos por la leyenda de la Casa Verde que se había propagado a través del desierto. Pasaban la noche en ella y cuando

venían a la ciudad se mostraban soeces y descomedidos, paseaban su borrachera por las calles como una proeza. Los vecinos odiaban a estos extranjeros y para alejarlos, los provocaban y a veces surgían riñas, no de noche y en el tradicional escenario de los desafíos piuranos, la pampita que está Bajo el Puente, sino a plena luz y en la Plaza de Armas, en la Avenida Grau y en cualquier parte. Llegaron a estallar peleas colectivas. Las calles se volvieron peligrosas.

Cuando, pese a la prohibición de las autoridades, alguna de las habitantes se aventuraba por la ciudad, las señoras arrastraban a sus hijas al interior del hogar y corrían las cortinas. El Padre García salía al encuentro de la intrusa, desencajado y vociferante, los vecinos debían sujetarlo para impedir una agresión.

El primer año, el local albergó a cuatro habitantes solamente, pero al año siguiente, cuando esas pioneras partieron, don Anselmo viajó y regresó con ocho y dicen que en su apogeo la Casa Verde llegó a tener veinte



Juan Soriano

habitantas. Llegaban directamente a la construcción de las afueras. Desde el Viejo Puente se las veía llegar, se oían sus chillidos y desplantes. Sus indumentarias de colores, sus pañuelos y afeites, contrastaban con el árido paisaje como la centelleante coraza de los crustáceos.

Don Anselmo, en cambio, sí frecuentaba la ciudad. Recorría las calles en su caballo negro, al que había enseñado coqueterías: sacudir el rabo alegremente cuando pasaba una mujer, doblar una pata en señal de saludo, ejecutar pasos de danza al oír música. Don Anselmo había engordado, se vestía con exceso chillón: sombreros de paja blanda con el ala caída, bufanda de seda, camisas de hilo, correa con incrustaciones de plata, pantalones ajustados, botas de tacón alto y espuelas. Sus manos hervían de sortijas. A veces se detenía a beber unos tragos en "La Estrella del Norte" y muchos principales no vacilaban en sentarse a su mesa, charlar con él y acompañarlo luego hasta las afueras.

La prosperidad de don Anselmo se tradujo en ampliaciones laterales y verticales de la Casa Verde. Esta, como un organismo vivo, fue creciendo, madurando, hasta convertirse en fortaleza. La primera innovación fue un cerco de piedra, coronado de cardos, cascotes, púas y espinas para desanimar a los ladrones, que envolvía la planta baja y la ocultaba. El espacio encerrado entre el cerco y la casa fue primero un patiecillo pedregoso, luego un nivelado zaguán con macetas de cactus, después un salón circular con suelo y techo de esteras y, por fin, la madera reemplazó a la paja, el salón fue empedrado y el techo se cubrió de tejas. Sobre la segunda planta surgió otra, pequeña, alta y cilíndrica como un torreón de vigía. Cada piedra añadida, cada teja o madera era sistemáticamente pintada de verde. El color elegido por don Anselmo acabó por imprimir al paisaje una nota refrescante, vegetal, casi líquida. Desde lejos, los viajeros avistaban la construcción de muros verdes, diluida a medias en la viva luz amarilla de la arena, y tenían la sensación de acercarse a un oasis de palmeras y cocoteros hospitalarios, de aguas cristalinas, y era como si esa lejana presencia prometiera toda clase de recompensas para el cuerpo fatigado, alicientes sin fin para el ánimo deprimido por el bochorno del desierto.

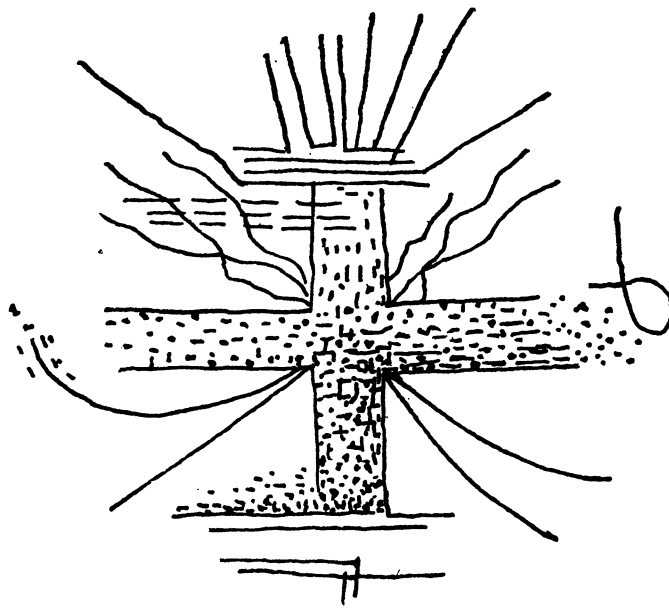
Don Anselmo, dicen, tenía su habitación particular en el último piso, esa angosta cúspide, y que nadie, ni sus mejores clientes —Chápiro Seminario, el Prefecto, don Eusebio Romero— tenía acceso a ese lugar. Desde él, sin duda, observaba don Anselmo el desfile de los visitantes por el arenal, las siluetas desdibujadas por los torbellinos de arena, esas hambrientas bestias que comienzan a merodear alrededor de la ciudad al caer el sol.

Además de las habitantas, la Casa Verde hospedó en su buena época a Angélica Mercedes, joven mangache que había heredado de su madre la sabiduría, el arte de los picantes. Con ella iba don Anselmo al mercado, a los almacenes, a encargar víveres y bebidas: comer-

cientes y placeras se doblaban a su paso como cañas al viento. Los cabritos, cuyos, chanchos y corderos que Angélica Mercedes guisaba con misteriosas yerbas y especies, llegaron a ser uno de los incentivos de la Casa Verde y había viejos cínicos que aseguraban: "sólo vamos allá por saborear esa comida fina".

Los contornos de la Casa Verde estaban siempre animados por multitud de vagos, mendigos, vendedores de baratijas y fruteras que asediaban a los clientes que llegaban y salían. Los niños de la ciudad escapaban de sus casas en la noche y, disimulados tras los matorrales, espían a los visitantes y escuchaban la música, las carcajadas. Algunos, arañándose manos y piernas, escalaban el cerco y ojeaban codiciosamente el interior. Un día (que era fiesta de guardar), el Padre García se plantó en el arenal, a pocos metros de la Casa Verde, y, uno por uno, acometía a los visitantes y los exhortaba a retornar a la ciudad y a arrepentirse. Pero ellos inventaban excusas: una cita de negocios, una pena que es preciso ahogar para que no envenene el alma, una apuesta que compromete el honor. Algunos se burlaban e invitaban al Padre García a acompañarlos y hubo quien se ofendió y sacó su pistola.

Surgieron nuevos mitos en Piura sobre don Anselmo. Para algunos, hacía viajes relámpagos y secretos a fin de llevar el dinero acumulado a Lima, donde adquiriría propiedades. Para otros, era un simple escaparate de una empresa que contaba entre sus miembros accionistas al Prefecto, al Alcalde y a muchos hacendados. En la fantasía popular, el pasado de don Anselmo se enriquecía en peripecias, a diario se añadían a su vida hechos sublimes o sangrientos. Viejos manganches aseguraban identificar en él un adolescente que años atrás perpetró atracos en el barrio y otros juraban: "es un *presidiario desertor, un antiguo montonero, un político en desgracia*". Sólo el Padre García aseguraba: "*su ceranía es intolerable porque su cuerpo huele a azufre*".



Juan Soriano.